

## EL SUEÑO DEL ABUELO

Que el abuelo viniera a casa para vivir con nosotros, no parecía una buena noticia para nadie. Ni siquiera para él, que, tras la muerte de mi abuela, se vio obligado a ceder a la presión y con ello a abandonar su casa del pueblo, muy a su pesar.

«La ciudad está lejos y no es conveniente que vivas solo», fue el argumento de su único hijo, mi padre. Tal vez pensó que esa frase llevaba implícita la posibilidad del ingreso en alguna residencia de ancianos y accedió a vender la casa donde vivía que compartió con mi abuela, la única mujer que conoció y que siempre estuvo a su lado.

Lo recordaba grande y fuerte. También mi padre me explicó que el abuelo era alguien muy especial, ya que siempre había conseguido superar todas las complicadas situaciones que había vivido. Sin embargo, cuando llegó con su vieja maleta, me pareció un hombre taciturno, tal vez empequeñecido por tanta tristeza. Mis padres habilitaron mi antigua habitación para que él pudiera ocuparla. En ella, dentro de un baúl, aún conservaba algunas de mis cosas.

Los primeros días, el abuelo deambulaba por las estancias de nuestro piso como un conejillo asustado que no pudiera adaptarse a sus nuevas condiciones de vida. Sin embargo, poco a poco consiguió habituarse y llegó a confesarme en secreto: «Te prometo que algún día me marcharé y no podréis hacer nada por evitarlo». Guardé silencio, aunque pensé que estaba desvariando. No podía imaginar lo equivocado que estaba.

Una mañana esperaba mi regreso del instituto para hablar conmigo. Parecía muy excitado. Me pidió que le acompañara a su habitación; quería mostrarme algo. Una vez dentro, a solas, abrió el baúl, sacó una caja, la abrió y me mostró su contenido.

—Alguien me lo regaló el año pasado, por mi Primera Comuni3n —dije. Intenté montarlo, pero no pude y lo guardé. Casi lo había olvidado.

Se trataba de la maqueta de una avioneta.

—¿Te importaría que yo lo intentase? Podría servirme de distracci3n.

—¡Claro que no! ¡Todo lo contrario! —respondí.

Que al abuelo le diera ahora por montar una maqueta de avi3n a escala, no dejaba de ser «otra manía típica de viejo». Es lo que oí decir a mis padres cuando les conté nuestra conversaci3n.

La tarde siguiente me mostró cientos de piezas, la mayoría de ellas diminutas, ordenadas sobre la mesa junto al esquema de montaje.

—La paciencia resulta fundamental para este tipo de trabajo. Debes tener en cuenta que se trata de construir y en algunos casos, incluso hacer volar aviones a escala de los reales —decía mientras cogía algunas piezas para observarlas con la ayuda de una lupa.

—Es tuyo... si lo quieres —insistí.

El abuelo esbozó una sonrisa de agradecimiento. Era la primera vez que lo veía sonreír.

La vida de mi abuelo había sido muy dura, según me contó mi padre. Cuando estalló la guerra aún era un niño. Su padre murió en el frente y poco tiempo después quedó huérfano cuando su madre se quitó la vida, al no poder superar su pérdida. De alguna manera, mi abuelo consiguió que tanto él como su hermana pudieran salir adelante, venciendo todos los obstáculos que se les presentaron. Pero ella no pudo superar una grave enfermedad y murió siendo muy joven. Aquello lo sumió en una tristeza tan profunda que decidió abandonarlo todo para marcharse lejos. Fue la primera que todos los que lo conocían lo dieron por muerto.

Viajó durante años por varios países de Europa, haciendo todo tipo de trabajos. Incluso llegó a estar condenado a muerte acusado de contrabando en un país árabe, aunque quedó en libertad tras poder demostrar su inocencia. Las pocas noticias que llegaban al pueblo eran muy desalentadoras. Finalmente terminó en Bélgica. Allí sufrió un grave accidente que le obligó a regresar al pueblo donde retomó una antigua amistad con una chica que conocía de su niñez y que terminaría convirtiéndose en mi abuela. Gracias a ella y a las atenciones recibidas en el «Infanta» de Badajoz, donde permaneció ingresado durante meses, consiguió sobrevivir a las lesiones producidas por el accidente. Aunque fue un milagro que viviera, le quedaron importantes secuelas que le provocaron la incapacidad laboral.

Mi padre decía que mi abuelo siempre estuvo obsesionado con volar, desde que en Bélgica, con casi cuarenta, trabajó en aquella empresa metalúrgica que fabricaba una parte importante de motores para aviones. Cuando se vio obligado a regresar al pueblo, tras el accidente y con su merma física, aquel sueño desapareció y simplemente se resignó a la idea de que nunca se haría realidad. Un duro golpe para un espíritu libre como el suyo.

Durante primeros días, apenas salió de su habitación, excepto a la hora de las comidas. Luego regresaba para volver a encerrarse.

Siempre pensé que el evidente deterioro físico y la debilidad que comenzó a mostrar el abuelo, se debía a que pasaba gran parte del día sin descansar, en incluso noches enteras con la luz encendida, dedicado al montaje de la avioneta.

Una tarde encontramos al abuelo en la cama. Apenas respondía y mi padre llamó al doctor. Después de prestarle la atención necesaria y antes de marcharse, habló con mi padre.

—Debo hablar contigo —dijo mi padre.

—¿Qué le ocurre al abuelo?

—Hace tiempo que está muy enfermo. Su enfermedad le provoca una gran pérdida de peso. Lo está consumiendo —dijo sin poder disimular su tristeza—. Por ese motivo, casi lo obligué a venir con nosotros. No podía permitir que estuviera solo cuando llegase el momento. Solo puso la condición de que tú no lo supieras. Me lo pidió y respeté su deseo.

—Quisiera hablar con él.

—De acuerdo, pero solo un momento.

Mi abuelo parecía dormido cuando entré en su dormitorio. Ante la sospecha de que vivía sus últimos momentos, no pude evitar que los ojos se me inundaran de lágrimas. Como dijo mi padre, su enfermedad lo consumía por momentos. Ahora era un ser débil y bajo las sábanas me pareció extremadamente pequeño.

Sobre mi antigua mesa de estudio vi la avioneta terminada. La había pintado de un llamativo color rojo. Mi abuelo había hecho un gran trabajo; no le faltaba un solo detalle. Pensé que sería buena idea colocarla sobre su mesita de noche, para la tuviera a la vista cuando despertara.

Dio la impresión de que había notado mi presencia cuando abrió los ojos e hizo un gesto para que me acercara. Quería decirme algo. Aproximé mi oído a sus labios y oí como me decía:

—Gracias —y me besó.

Desperté a medianoche y me dirigí a su dormitorio.

Un grito escapó de mi garganta cuando abrí la puerta. La cama vacía.

Encontré la ventana abierta y a través de ella, vi cómo en el cielo se alejaba una diminuta avioneta de color rojo.